



mundo que estaba pronto á dejar para siempre.

A fin de hallarse más cerca del rey, Cisneros había trasladado su residencia á Roa; pero ya desde entonces sólo pensó en el fin que se le acercaba. Poco terror debía inspirar la muerte, como es fácil de suponer, al político que en sus últimos momentos podía asegurar que «nunca había hecho daño á nadie á sabiendas, sino que había dado á cada uno lo que le era debido, sin dejarse llevar, en cuanto lo supiera, del amor ó de los odios.» Verdad es que el cardenal Richelieu, en su lecho mortal, dijo lo mismo.

En sus últimos momentos trató de escribir al rey, pero su mano se negó á sostener la pluma, y despues de trazar algunas líneas, tuvo que desistir de su propósito. El objeto de esta carta parece que era recomendar á la protección del rey su Universidad de Alcalá. Desde aquel instante, se consagró ya exclusivamente á los ejercicios de devoción, manifestando tal arrepentimiento por sus culpas, y tan humilde confianza en la misericordia divina, que conmovió profundamente á cuantos le rodeaban, y con esta tranquila disposición de espíritu, y sin perder ninguna de las facultades de su inteligencia, exhaló su último suspiro á 8 de Noviembre de 1517, á los ochenta y dos años de su edad, y veintidos de su elevación al primado. Las últimas palabras que pronunció fueron las del salmista, que tan frecuentemente solía repetir cuando se hallaba en sana salud: *In te Domine speravi*. «En tí, Señor, he confiado siempre.»

Su cadáver, adornado con sus hábitos pontificales, fué colocado bajo un dosel, agolpándose la multitud á besar sus manos y sus piés, y despues fué llevado á Alcalá y depositado en la capilla del insigne colegio de San Ildefonso, erigido por él. Sus funerales se celebraron con gran pompa, faltándose á lo que había ordenado, por todas las corporaciones religiosas y literarias de aquella ciudad, y sus virtudes fueron ensalzadas en una oración fúnebre por un doctor de la Universidad, el cual, considerando a muerte de los buenos excelente ocasión para censurar los vicios de los vivos, hizo las alusiones más atrevidas contra los flamencos favori-

tos de Carlos, y su perniciosa influencia sobre el país.

Tal fué el fin de este hombre ilustre, el más ilustre, bajo muchos aspectos, que hubo en su época. Su carácter fué de aquel temple fuerte y altivo que parece elevarse sobre las ordinarias necesidades y flaquezas de los hombres, y su genio, que era del orden más elevado cual el del Dante ó Miguel Angel en las regiones de la fantasía, nos inspira ideas de un poder, que excita nuestra admiración, y que casi llega á aterrarnos. Sus empresas, como hemos visto, fueron hasta lo sumo atrevidas, y su ejecución igualmente resuelta. Desdeñábase de ganar la fortuna por aquellos medios suaves y flexibles que son los más eficaces comunmente; dirigíase á objeto por el camino más derecho, en el cual encontraba con frecuencia multitud de dificultades; pero éstas tenían, al parecer, para él cierto atractivo, por la ocasión, sin duda, que le ofrecían de desplegar toda la energía de su alma.

A estas cualidades reunía una variedad de talentos que sólo se encuentra generalmente en caracteres más suaves y flexibles. Aunque educado en el claustro, se distinguió tanto en el gabinete como en el campo de batalla; tenía, en efecto, para la carrera de las armas, tan contraria á la suya, un verdadero genio natural, segun el testimonio de su biógrafo, y manifestó el gusto que tenía para ella, declarando que «el olor de la pólvora le era más agradable que el de los perfumes más suaves de la Arabia.» Pero en todas sus situaciones dejó ver el seño de su profesión particular, y los duros rasgos del monje nunca se ocultaron por completo bajo el disfraz del político ni bajo el yelmo del guerrero. Hallábase dotado en grado eminente de la superstición religiosa propia de su siglo, y tuvo triste ocasión de ejercitarla, como jefe del terrible tribunal que presidió durante los diez últimos años de su vida.

Cisneros llevó á la vida política las ideas dominantes de su profesión; su gobierno se regió por los principios del despotismo militar, y su máxima era, que «un príncipe debe confiar principalmente en su ejército para asegurarse el respeto y la obediencia de sus súbditos.»



Verdad es que tuvo que habérselas con una nobleza guerrera y facciosa, y que el fin que se propuso fué doblegar su licenciosa arbitrariedad, y dar fuerza á la equitativa acción de la justicia; pero al llevar á cabo sus propósitos, manifestó muy poco respeto á la Constitución del país y á los derechos particulares, y el primer acto de su regencia, la proclamación de Carlos por rey, la ejecutó con manifiesto desprecio de los usos y leyes de la nación. Eludió las vivas instancias de los castellanos para que se convocáran las Cortes, porque era opinión suya que «la libertad de hablar, especialmente de los agravios propios, hacia al pueblo insolente é irreverente con sus gobernadores;» y el pueblo, por lo tanto, no tuvo intervención alguna en las medidas que afectaban sus más sagrados intereses. Toda la política, en suma, del cardenal regente, se dirigía á elevar el poder real á expensas de las clases inferiores del Estado; y su regencia, breve como fué, y altamente beneficiosa para el país bajo muchos aspectos, puede decirse que fué la que abrió el camino á aquel sistema de despótico absolutismo que la casa de Austria siguió con tan resuelta constancia.

Pero al mismo tiempo que condenamos la política de Cisneros, no podemos ménos de respetar sus principios. Por más errada que fuera su conducta á nuestros ojos, fundábase siempre en lo que aquél creía deber suyo; y esto, convencidos como se hallaban de ello los demás, era lo que constituía el secreto de su gran poder, y lo que le hacia no temer las dificultades ni los riesgos personales. La condición de la pureza de sus propósitos era ciertamente causa de que fuera poco escrupuloso, respecto á los medios de llevarlos á cabo; su misma vida le parecia nada en comparación de las grandes reformas á que aspiraba, y nada tiene de extraño, por lo tanto, que tuviera en muy poca la conveniencia é intereses de los otros, cuando tan poca estimación hacia de los suyos, tratándose de la realización de sus proyectos.

Sus miras eran muy superiores á las consideraciones del egoísmo: como político se identificaba con el Estado; como eclesiástico, con los intereses de la Iglesia. Castigando severa-

mente toda ofensa hecha á ésta ó á aquél, perdonaba generalmente todas las injurias personales, y tuvo muchas ocasiones muy notables de acreditarlo. Su gobierno fué causa de que se publicáran numerosos folletos y libelos contra su persona, y él los despreció siempre como miserables desahogos de la cólera y del disgusto, y nunca persiguió á sus autores. En esto ofreció un contraste honroso con el cardenal Richelieu, cuyo carácter y condición presentan, por lo demás, muchos puntos de semejanza con el suyo.

Su desinterés se puso más de manifiesto todavía en el modo que tuvo de gastar sus cuantiosas rentas, pues las empleó en los pobres y en grandes objetos de utilidad pública, y no levantó la fortuna de su familia. Tenía, ciertamente hermanos y sobrinos, pero se contentó con proporcionarles una existencia decorosa, sin distraer en su provecho los grandes productos de los cargos que se le habían confiado para el servicio público, y la mayor parte de los bienes que dejó á su muerte, los legó á la universidad de Alcalá.

Nunca, sin embargo, tuvo aquel orgullo necio que hace avergonzarse de los parientes pobres y de humilde cuna, pues aunque tenía tal confianza en sus facultades que era ya casi arrogancia, y que le hacia tener en ménos las prendas de los demás, y servirse de ellos más bien como instrumentos que como iguales suyos, nada hubo en él de la vanidad que se funda en la riqueza ó en la categoría. Por el contrario, hablaba continuamente de su baja posición en los primeros años de su vida, y lo hacia con gran humildad, y dando gracias al cielo, con lágrimas en los ojos, por los extraordinarios favores que le habían concedido, y no sólo se acordaba, sino que dispensó repetidas mercedes á los amigos de su juventud, acerca de lo cual se refieren algunas anécdotas interesantes. Estos rasgos de ternura, que brillan á través de su natural austeridad y dureza de carácter como el relámpago que rasga una oscura y densa nube, excitan aún más nuestra sensibilidad por este mismo contraste.

Su conducta moral fué irreprochable, y conforme en un todo á los rígidos preceptos de





su orden, así en el bullicio de la corte como en el silencio del claustro. Era sobrio, parco y casto, y en este último particular cuidó, hasta el extremo, de que no pudiera recaer sobre él la más leve sospecha de la licencia que tan generalmente mancillaba al clero de aquella época. En una ocasión, haciendo un viaje, le invitaron á que pasara la noche en casa de la duquesa de Maqueda, diciéndole que esta señora se hallaba ausente; pero no era así, pues que estaba en el palacio, y entró en la habitación que Cisneros ocupaba, ántes de que éste se retirara. *Me habeis engañado señora*, la dijo el cardenal indignado: «si algo teneis que tratar conmigo, mañana me hallaréis en el confesionario;» y esto dicho, se marchó bruscamente del palacio.

Llevó á tal punto sus austeridades y mortificaciones, que destruyó su salud. Acerca de esto, existe un curioso breve del papa Leon X, expedido el último año de la vida del cardenal, en que le manda, que disminuya los rigores de su penitencia, que coma carne y huevos en los ayunos ordinarios, que deje el hábito franciscano, y que duerma entre sábanas y en cama; pero Cisneros nunca consintió en despojarse de sus vestiduras monásticas, diciendo: «Hasta los seglares se las ponen para morir, y yo que las he llevado toda mi vida las habia de dejar en esta ocasión!»

Otra anécdota se refiere acerca de su traje. Su tosco sayal se ocultaba debajo de los ricos hábitos que á su dignidad correspondian; y como cierto dia un predicador rigorista franciscano clamara, en su presencia, contra el lujo de aquellos tiempos, en especial en punto al vestir, aludiendo claramente al cardenal, que vestia un soberbio traje adornado con armiños que le habian regalado, éste, despues de haber escuchado con atenta paciencia todo el sermón, luego que concluyeron todas las ceremonias religiosas, se acercó al predicador en la sacristia, y alabando su discurso, le enseñó debajo de las pieles y finísimas telas el sayal de su orden junto á la carne. Algunos añaden que el fraile, por el contrario, llevaba lienzos finos debajo de su vestidura monástica. Despues de la muerte del cardenal, se encontró en su apo-

sento una cajita en la que tenia la aguja, hilo y demás con que acostumbraba remendar su hábito por sus propias manos.

Con tantas obligaciones sobre sí, muy bien puede creerse que Cisneros no perderia inútilmente el tiempo. Con efecto, rara vez durmió más de cuatro horas, ó á lo sumo cuatro y media: se afeitaba de noche, haciéndose leer trozos edificantes, y esto mismo hacia en las comidas, ó bien variaba escuchando las controversias teológicas de algunos de sus hermanos de religion, que versaban generalmente sobre alguna cuestion de escolásticas sutilezas. Este era su único recurso, pues tenia tan poca afición como tiempo para dedicarse á diversiones más frívolas y elegantes. Su lenguaje era de suma concision y muy preciso; no era amigo de vanas ceremonias ni de visitas inútiles, aunque su posicion le obligaba más ó ménos á ambas cosas; tenia generalmente sobre su mesa un libro abierto, y cuando alguno le detenia demasiado, ó le hablaba de cosas frívolas ó insignificantes, le daba á entender su descontento poniéndose á leer. El libro del cardenal debió, ciertamente, ser tan fatal para su reputacion, como para la de Fontenelle su trompetilla acústica.

Concluiré este bosquejo del cardenal Jimenez de Cisneros, describiendo brevemente su persona. Su color era cetrino, su cara larga y demacrada, aguileña su nariz, y el labio superior sobresalía bastante del inferior. Sus ojos eran pequeños, hundidos, negros, vivos y penetrantes, su frente ancha y despejada, y lo que era aún más notable, sin una sola arruga, aunque la expresion de sus facciones era algun tanto severa. Su voz era clara, pero no agradable, y hablaba con mesura y laconismo. Su aire era grave, su continente firme y erguido, su estatura era elevada, y su aspecto dominante. Su naturaleza, por último, que habia sido muy robusta, se habia debilitado por sus duras penitencias y graves atenciones, y en los últimos años de su vida, estaba tan delicado, que era extraordinariamente sensible á las mudanzas y rigores del tiempo.

Ya he indicado la semejanza que habia entre Cisneros y el gran ministro francés, el car-



denal Richelieu, pero todo bien analizado, aquélla consistió más en las circunstancias de su situacion, que en sus caracteres, aunque tampoco fueron enteramente diversos sus rasgos prominentes. Ambos, aunque eclesiásticos, llegaron á alcanzar los puestos más elevados del Estado, y aún puede decirse rigieron los destinos de sus respectivos países: pero la autoridad de Richelieu fué más absoluta que la de Cisneros, porque se escudaba con la sombra del trono, mientras que el último, por su posicion aislada y descubierta, fué blanco de los tiros de la envidia, y más aún, como es natural, de los de la opinion. Ambos tuvieron ambicion de glorias militares, y se mostraron capaces de adquirirlas, y ambos, por último, consiguieron el logro de sus grandes propósitos, por aquella feliz combinacion de eminentes prendas intelectuales, y de grande actividad en la ejecucion, que es siempre irresistible.

El fondo de sus caracteres, sin embargo, considerado bajo el aspecto moral, era enteramente diferente. El del cardenal Richelieu era egoismo puro y sin reserva; su religion, su política, en suma, todos sus principios estaban sujetos á aquél: podia olvidar las ofensas hechas al Estado, pero no las que se hacian á su persona, que perseguia con implacable rigor:

su autoridad estaba materialmente basada en sangre, y su inmenso poder y su favor se emplearon en el engrandecimiento de su familia. Aunque atrevido hasta la temeridad en sus proyectos, dió más de una vez muestras de falta de verdadero valor en su ejecucion: aunque violento é impetuoso, era capaz de disimulo, y por más que fuera arrogante hasta lo sumo, se dejaba trastornar por el suave incienso de la lisonja. En sus maneras llevaba ventajas al cardenal español, porque sabia ser cortesano en la corte, y tenia gustos más cultos y elegantes; pero en cuanto á la moral sólo le aventajó en una cosa: en no ser supersticioso, como Cisneros, porque no entraba en la composicion de su carácter el elemento religioso, sobre el cual se funda la supersticion. Las circunstancias de la muerte de ambos fueron significativas de sus respectivos caracteres. Richelieu murió como habia vivido; tan odiado, que el pueblo enfurecido casi no dejó que sus restos se enterrasen pacíficamente: Cisneros, por el contrario, fué devuelto á la tierra entre los llantos y lamentos populares, su memoria ha sido honrada aún por sus enemigos, y su nombre es reverenciado por sus compatriotas, hasta el dia de hoy, casi como el de un santo.